

nión nos adherimos, y pasando por alto las aventuras de los Magos, en los dos años que dura su viaje, os invitamos á acercaros á la afligida caravana en el momento en que, por arcana disposición de la Providencia, se oculta la estrella que ha sido su constante guía.

Describen los poetas con gráficas expresiones el asombro, el estupor, el susto de nuestros primeros padres, al ver por vez primera ponerse el sol, y dejar á la tierra toda sumergida en la obscuridad. ¿Era un fenómeno pasajero, ó la luz los abandonaba para siempre? ¿Envolvía la desaparición del astro del día la destrucción de toda la naturaleza? ¿Alcanzaría á ellos mismos la catástrofe universal? Estas y otras dudas igualmente terroríficas, atribuyen dichos vates á nuestros progenitores en el paraíso, mirando, más que á la exactitud teológica, á las galas de la poesía.

Mayores motivos para dudar, asombrarse y temer tienen ahora los Magos; y el enemigo de las almas, de seguro que les habrá sugerido hasta pensamientos de desesperación. Con la seguridad de ver al Mesías, han seguido durante dos años la estrella peregrina. Han atravesado montañas y desiertos, valles y ríos, sin desmayar un solo instante. Dos veces se han sucedido una á otra las estaciones, y ni el invierno los ha detenido, ni el ardiente estío ha retardado su marcha. Han tenido que luchar con bárbaras tribus y que vencer la resistencia de inhospitalarias naciones. Ni el hambre, ni la sed, ni las enfermedades los han arretrado. La esperanza de encontrar al recién nacido Sal-

vador, los alentaba, y la estrella no sólo alumbraba su camino, sino que iluminaba sus almas con celestial inspiración.

Pero he aquí que al llegar á la meta anhelada se oculta de repente el astro divino. No, no es un eclipse pasajero, como los que tantas veces han observado: éstos duran pocos minutos, y hace días que la estrella fugitiva los ha dejado sumergidos en absoluta obscuridad. En obscuridad sí, material y espiritual. ¿Habrán recorrido en vano tan larga distancia? ¿Era la estrella un meteoro fugaz, un fantasma ilusorio, algún mal genio que los había sacado de sus reinos para abandonarlos en medio del camino, y dejarlos convertidos en vituperio de las gentes, en ludibrio de sus súbditos, en escarnio del Rey de aquellas comarcas? Y se acercan á este Rey, y le intorrogan, y presencian la conmoción de Jerusalén, y escuchan los oráculos de la Escritura, y las interpretaciones de los Escribas y Doctores, y con todo, siguen la misma obscuridad exterior, las mismas tinieblas en su atribulado espíritu. Cabizbajos, desatentados, mustios, emprenden el camino de Belén, y se detienen á abrervar sus cabalgaduras en el paraje que acabamos de describir, fijos los tristes ojos en las escasas aguas de la cisterna. Allí los dejaremos, para pensar en el eclipse de la otra estrella, que más de cerca nos toca en estos momentos aciagos.

II

El Seráfico Doctor S. Buenaventura, en uno de los muchos sermones de Epifanía que predicó en medio de sus arduas labores universitarias, con piedad ascética y sutileza escolástica, distingue en la estrella de los Magos, tres cualidades ó caracteres. Es, en primer lugar, la estrella que *induce*, que estimula y atrae á los sabios Príncipes con imán irresistible, y los mueve á abandonar sus hogares; *stella inducens*. Es, además, la estrella que *conduce*, que guía á los devotos viajeros, alumbrándoles el camino, deteniéndose donde conviene hacer alto, avanzando á las horas en que deben marchar; *stella deducens*. Es, por último, la estrella que, ocultándose un momento, vuelve á aparecer y los lleva hasta el término de su jornada; *stella perducens*.

En su aplicación á la estrella espiritual del cristiano, atribuye á diversos astros, los diversos caracteres concentrados en la estrella de Belén. La estrella que estimula, dice, es la Sagrada Escritura, la cual, á guisa de estrella matutina que resplandece á través de la niebla de la humana ignorancia, nos empuja hacia

Cristo: estrella que se eclipsó para los judíos, que se oculta á los paganos, que rehusa alumbrar á los herejes, y que puede también esconderse á nuestros ojos católicos, si nos desviamos del recto sendero.

La estrella que nos guía, es la Virgen Sacrosanta, la estrella de Jacob, anunciada por los Profetas, que herirá á los Príncipes de Moab, es decir, á los siete pecados capitales, y que nos abandonará de seguro si nos entregamos á los vicios, sobre todo á la repugnante hipocresía de que nos dió Herodes tristísimo ejemplo.

Por último, la estrella interior que nos lleva hasta Cristo, es la gracia del Espíritu Santo, la gracia *final*, en cuya virtud se promete en el Apocalipsis al que venciere hasta el fin la potestad sobre las naciones y la hegemonía en el Oriente, *dabo illi potestatem super gentes et dabo illi stellam matutinam*.

Sea que adoptemos esta triple interpretación, sea que la simplifiquemos, viendo en la *Fe*, que nos atrae y nos guía, y nos lleva hasta Cristo, la mística estrella de Belén, no podemos negar que en estos momentos está sufriendo un eclipse completo. En algunas regiones este eclipse es total, como el que vimos hace pocos meses, cuando el Sol se ocultó á nuestras miradas en pleno mediodía. En otras empieza de nuevo á brillar la luz Evangélica, y se acerca esa segunda aurora, más dulce, más apacible que la de la mañana. En otras comarcas estamos todavía en la penumbra; pero las sombras avanzan con tanta rapidez y tan densas, que más

que un eclipse pasajero, parece una noche polar la que nos espera.

A esta triste situación alude el Pontífice, en la alocución consistorial que he citado. La nación primogénita de la Iglesia, por correr en pos de vanidades é ilusiones, renuncia á sus altas prerrogativas, á esa luz de la Fe, que alumbrándola de lleno, como el sol á la luna, hacía que ella á su vez la comunicara á las demás naciones de la tierra; *quasi luna plena in diebus suis*. Con razón teme el augusto Jerarca, que la supremacía de que ha gozado le sea arrebatada por la Providencia, y que pierda ese predominio en las regiones del Oriente que le había concedido el Señor; *dabo illi stellam matutinam*.

No sólo el pastor de Virgilio comparaba la inmensa Roma á su exigua Mantua, *parvis componere magna solebam*. No sólo Esaú, el mayor de los hermanos, estaba destinado á ser, en su posteridad, siervo de su menor hermano Jacob: *major serviet minori* (Gén. XXV, 23). También, ¡quién lo creyera! esa gran nación primogénita de la Iglesia, no ha creído degradarse copiando al pie de la letra, de otra nación infinitamente menor, é igualmente primogénita de la Iglesia* en otro hemisferio, los decretos, las leyes, el método de opresión constante á la Religión, que consiste, no en los mandobles y tajos del pretoriano de Nerón, sino en los continuos alfilerazos con que atormentaba á sus esclavas la dama de la corte de Augusto. ¡Ay! á aquella ya

* La primera isla convertida al cristianismo fué Santo Domingo.

le fué arrebatado el reino de Dios: ha perdido su hegemonía, sus glorias, y aun en la misma Jerarquía eclesiástica, se ha visto privada tres veces de sus derechos de primogenitura. Así como la ha imitado en la culpa, ¿no la seguirá ésta más tarde en el castigo?

Y si miramos á las otras naciones en uno y otro continente, veremos que el eclipse de las estrellas, á todas más ó menos comprende. ¿Hallaremos algún consuelo volviendo los ojos á las regiones del sol naciente?

Hay una que actualmente atrae las miradas del mundo entero, y que parece va á resolver la cuestión que preocupa hace tiempo á los hombres pensadores, á saber: si la civilización ha de preceder al cristianismo, ó el cristianismo á la civilización. En el Imperio Romano sucedió lo primero, y la que era maestra del error, se convirtió en oráculo de la verdad. En el continente Americano, una y otro penetraron juntamente, y el cristianismo echó raíces con la misma rapidez que en los tiempos Apostólicos. En el Asia se quiso introducir el cristianismo solo, y hasta ahora los esfuerzos han fracasado, sobre todo en el país á que acabo de aludir, y que habéis comprendido que es el Japón.

Lució, sí, por un momento, y con mucho brillo, la luz del Evangelio, que llevó nada menos que el insigne taumaturgo San Francisco Javier. Además de Apóstol era un gran político, y supo admirablemente amalgamar con la religión, los ambiciosos designios y los intereses de muchos señores feudales, obteniendo un

éxito colosal. Pero sus sucesores eran únicamente Apóstoles: sin ser políticos, pretendieron serlo, y las mismas armas que dieron el triunfo á Javier, mal esgrimidas por ellos, causaron su ruina propia y la del Evangelio en aquellas Islas.

Acababa de verificarse la unión Ibérica, tan soñada en nuestros días; y reunidas bajo un mismo cetro España y Portugal, con las vastísimas colonias de uno y otro, formaban un imperio que en extensión superaba al Romano, que si hubiera continuado unido, le habría sobrepujado en poderío. Pero lejos de haberse unificado los corazones, el espíritu de discordia, que aun hoy día se agita después de tantos reveses, amenazaba con una ruina inmediata, la unión que acababa de verificarse. Tales tendencias conmovían no sólo la Corte, y el ejército, y la marina, sino también las remotas colonias, y lo que es peor, á los miembros de las familias religiosas. En el Perú se rebelaban los Pizarros: en Méjico intentaban levantarse los inmediatos descendientes del Conquistador: en el Japón, los portugueses, hijos de Ignacio, no podían caminar por el mismo sendero que los españoles, hijos de Francisco, y la persecución sobrevenía. Nada son, comparadas con ella, las persecuciones de Nerón y Diocleciano. La estrella de la Fe se eclipsó allí también, y se eclipsó con sangre: sangre que (preguntad á los misioneros que allí moran) corrió todavía en la segunda mitad del siglo que acaba de expirar. ¿La civilización de que está dando pruebas el Japón resucitado, será precursora del cristia-

nismo, ó volveremos á ver una civilización sin cristianismo, como en tiempo de los antiguos Griegos y Romanos?

Una excepción había en toda el Asia. Las Islas Filipinas, en un territorio comparativamente mínimo, contenían mayor número de cristianos y católicos, que todo el resto del inmenso Continente Asiático. Al cesar allí la dominación española, sólo faltaban, de sus ocho millones de habitantes, trescientos mil por convertir. Pero con aquélla, se eclipsó también el sol de la Fe. Un miembro de la Pía Sociedad que organiza estas fiestas, y que habita esta casa, trae de aquellas comarcas la desconsoladora noticia de que ya hay un millón de cismáticos que siguen las banderas de un pseudo-obispo; que son incontables las parroquias que carecen de sacerdotes, y que la propaganda protestante trabaja con incansable actividad.

Corroboran su dicho, el Enviado Pontificio, que pide urgentemente operarios para aquella mies, que se está perdiendo por falta de segadores, y uno de los Obispos del nuevo régimen, que escribe en el mismo sentido, y de cuya desgarradora carta me voy á permitir citar algunas frases.

«Tengo una enorme diócesi, con casi millón y medio de habitantes, y sólo 54 sacerdotes del clero indígena, 30 de las órdenes religiosas. . . . Durante ocho años, muchos millares de almas han quedado abandonadas. . . . Es triste ver el fruto de tres siglos de arduas labores y sacrificios — cuyo fruto fué la conver-

sión al catolicismo de toda la población de estas islas —perderse por falta de sacerdotes.»

También allí, como veis, se ha eclipsado la estrella de la Fe; nos hallamos bajo las sombras de un eclipse universal. ¿Cuál ha de ser nuestra conducta en medio de tantas tinieblas? Los Reyes Magos nos lo enseñan. Ni su fe se amengua, ni su constancia se quebranta, ni su esperanza muere con la desaparición de la estrella. Ni sueñan en retroceder, ni emplean en otros objetos el oro, el incienso y la mirra destinados al Niño Dios. A falta de guías sobrenaturales, se sirven de los medios ordinarios que el Señor ha puesto á su alcance, y preguntan á Herodes, y atienden á las interpretaciones de los Doctores, y siguen las indicaciones que les proporciona el Rey de Jerusalén. Absortos en continua oración, y con los ojos bajos, fijan sus miradas en las aguas de la cisterna, y en ella, ¡oh delicia! se espeja el astro milagroso que los conduce, ya sin nuevos eclipses, hasta los pies del Niño Jesús.

Así nosotros, en medio de las tinieblas que nos cercan, debemos permanecer impertérritos y mantener siempre viva nuestra esperanza. Recurriremos á la oración y á la penitencia; pero no desdeñaremos los medios humanos, y acudiremos, si es preciso, á nuevos Herodes, y escucharemos á Escribas y Fariseos, aun cuando sean más hipócritas que los de Jerusalén, y aceptaremos los guías que se nos proporcionen, aunque nos los suministren nuestros jurados enemigos. Pero sobre todo tendremos los humildes ojos, fijos

siempre en María, fuente perenne de la divina gracia; y en sus límpidas aguas, veremos, cuando llegue el momento designado por la Providencia, reflejarse los rayos del Sol de justicia que nos conducirá á la Belén celestial. Así sea.

